

La fascinante y difícil tarea de educar para la diversidad

N

Abraham
Magendzo K.

o creo equivocarme al sostener que, por un lado, la educación para la diversidad se ha impuesto como un imperativo de los procesos de modernización y de modernidad a los que se desea hoy incorporar a la educación; y, por el otro, que esta tarea es compleja y se estrella en muchos casos con esquemas culturales homogenizantes y discriminadores que están instalados en la sociedad y que son reproducidos en el sistema educacional. Además, atender la diversidad con altura de miras requiere de una cadena de aprendizajes en el plano intelectual, actitudinal y valórico.

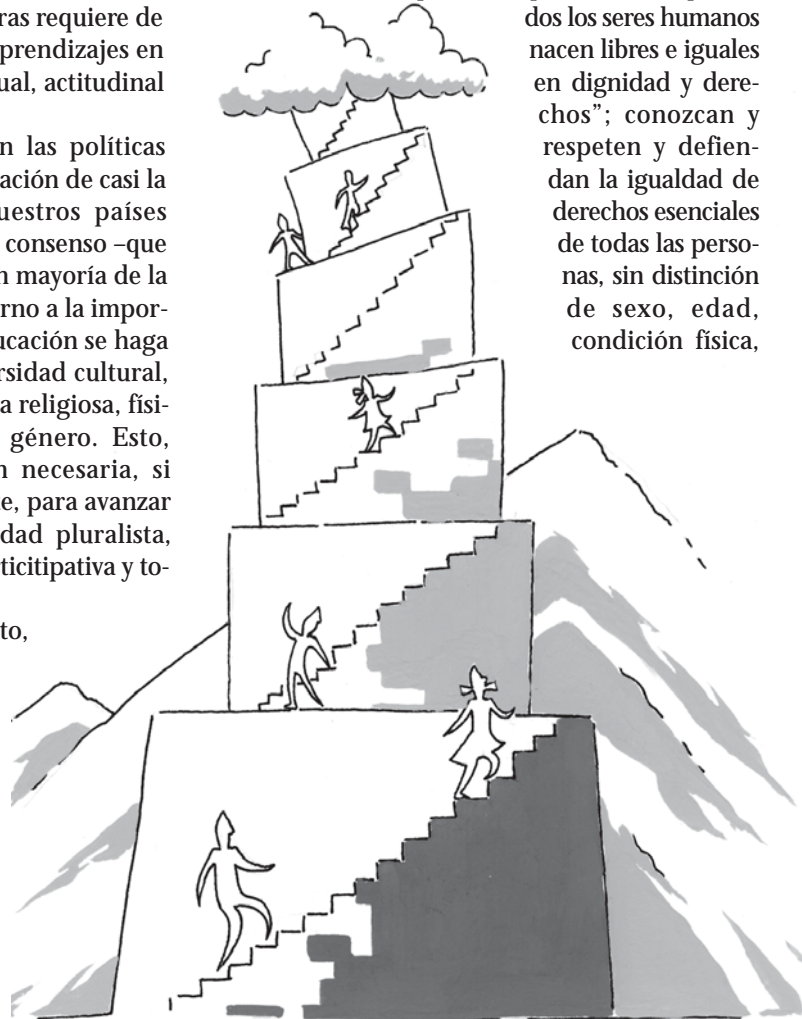
En efecto, en las políticas públicas en educación de casi la totalidad de nuestros países existe un amplio consenso –que convoca a la gran mayoría de la población– en torno a la importancia que la educación se haga cargo de la diversidad cultural, social, económica religiosa, física, étnica y de género. Esto, como condición necesaria, si bien no suficiente, para avanzar hacia una sociedad pluralista, democrática, participativa y tolerante.

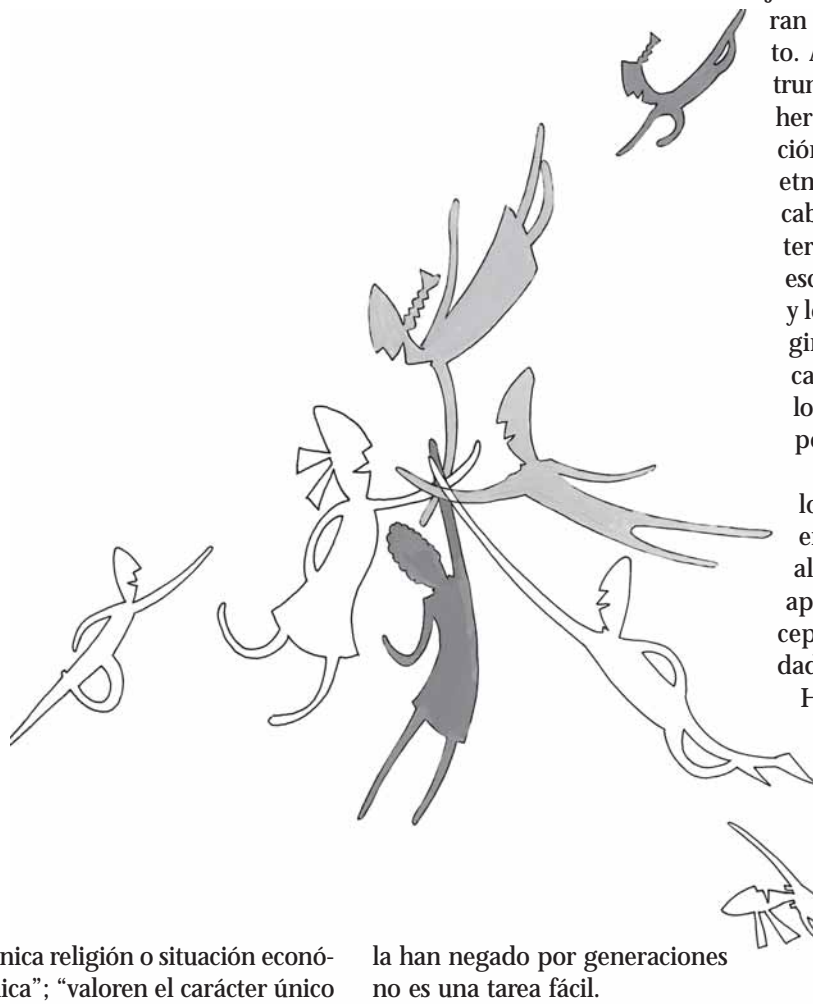
En este ámbito, se ubican, entre otras, metas como: ofrecer igualdad de oportunidades, una educación equitativa con calidad, proporcionar acciones positivas a los grupos más vulnerables y pos-

tergados, descentralizar las decisiones educacionales, etc.

De igual manera, las reformas curriculares que se están implementando actualmente en América Latina han incorporado la diversidad como un objetivo transversal del currículo. De una u otra forma, los programas de estudios se plantean como objetivos y aprendizajes esperados que los estudiantes: “conozcan, comprendan y actúen en concordancia con el principio ético que reconoce que todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos”; conozcan y respeten y defiendan la igualdad de derechos esenciales de todas las personas, sin distinción de sexo, edad, condición física,

tergados, descentralizar las decisiones educacionales, etc.





étnica religión o situación económica”; “valoren el carácter único de cada persona y, por lo tanto, la diversidad de modos de ser”; “valoren y respeten las ideas y creencias distintas de las propias, en los espacios escolares, familiares y comunitarios, reconociendo el diálogo como fuente permanente de humanización de superación de diferencias y de acercamiento a la verdad”.

Sin embargo, pese a la importancia que se le asigna a la diversidad y al pluralismo como parte constitutiva de la política pública y del discurso regulativo de la educación, esta se enfrenta a una serie de obstáculos estructurales, culturales e idiosincráticos. A esto se suma el que la aproximación a la diversidad en sociedades que

la han negado por generaciones no es una tarea fácil.

Debemos reconocer hidalgamente que históricamente la educación en nuestros países – como parte de su función reproductora– ha reforzado los mecanismos discriminadores, los pre-

existe un amplio consenso en torno a la importancia que la educación se haga cargo de la diversidad cultural, social, económica religiosa, física, étnica y de género

juicios y estereotipos que imperan en la sociedad en su conjunto. A la educación se la ha instrumentalizado y utilizado como herramienta de la homogenización, en la que ha imperado un etnocentrismo que no ha dado cabida en el currículo a la heterogeneidad cultural y no ha escuchado, entre otros, la voz y los saberes de los pueblos originarios, de la mujer, de los campesinos, los pobladores, los pobres y muchos otros grupos marginados.

Ha habido, por así decirlo, una incapacidad, también en la educación, de reconocer al “otro” desde una actitud de apertura –para utilizar el concepto gadameriano de alteridad–, como un legítimo otro.

Ha habido, también en la educación así como en el conjunto de la sociedad, una invisibilización del otro. En el afán homogenizador, pretextando la construcción de la “unidad nacional” y del “estado nacional”

se ha ocultado y negado al diferente. La invisibilización del “otro”, es quizás uno de los mecanismos más violentos de la discriminación, dado que al “otro” no se le otorga presencia.

La educación no ha sido capaz de comprender cabalmente que el potenciamiento de la diversidad cultural y social y el de la multiplicidad de identidades culturales lejos de constituir un obstáculo para nuestro “ingreso” a la modernidad, es una fuerza impulsora y un resorte para nuestra forma propia de apertura al mundo y de ingreso a la globalidad. Además de ser una exigencia fundamental para

nuestra integración social y para la consolidación de una cultura democrática.

Entonces, no es atrevido sostener que la educación confronta una seria tensión entre el discurso político, regulativo y pedagógico –que tiende a que la diversidad se constituya en un eje dinamizador del cambio educativo– y la realidad de la cultura educacional –que en su postura reproductora la desconoce, la niega y la invisibiliza–.

Pareciera que para resolver la tensión señalada se requiere de una estrategia amplia y concertada por parte de la institución educacional, y de cambios muy estructurales en la cultura escolar. No basta con la intención discursiva, hay necesidad que de manera transversal, tanto en el currículo manifiesto como desde el oculto y en las prácticas docentes, se produzcan los aprendizajes que se requieren para atender y penetrar la diversidad cultural y social.

Es necesario reconocer que la tarea es muy compleja y que las carencias que tenemos todos en materia de conocimiento, actitudes y valores al respecto son muy severas. Deseo, con el fin de mostrar estas carencias, compartir la experiencia

históricamente la educación en nuestros países ha reforzado los mecanismos discriminadores, los prejuicios y estereotipos que imperan en la sociedad en su conjunto

que viviera en mi encuentro personal con la diversidad y la multiplicidad de identidades en Durban, Sudáfrica, al asistir a la Conferencia Mundial contra el Racismo, la Xenofobia y Otras Formas de Discriminación, en agosto de este año. Entonces escribí lo que sigue:

“Encontrar identidades y sentir de cerca la diversidad es una experiencia bella y multicolor, pero a su vez de mucha perplejidad y creadora de muchas tensiones. Desde que el avión se aproximaba a tierras africanas y Oscar, un joven uruguayo afrodescendiente, dijera: «aquí están mis antepasados» entendí que participar de la Conferencia Mundial contra el

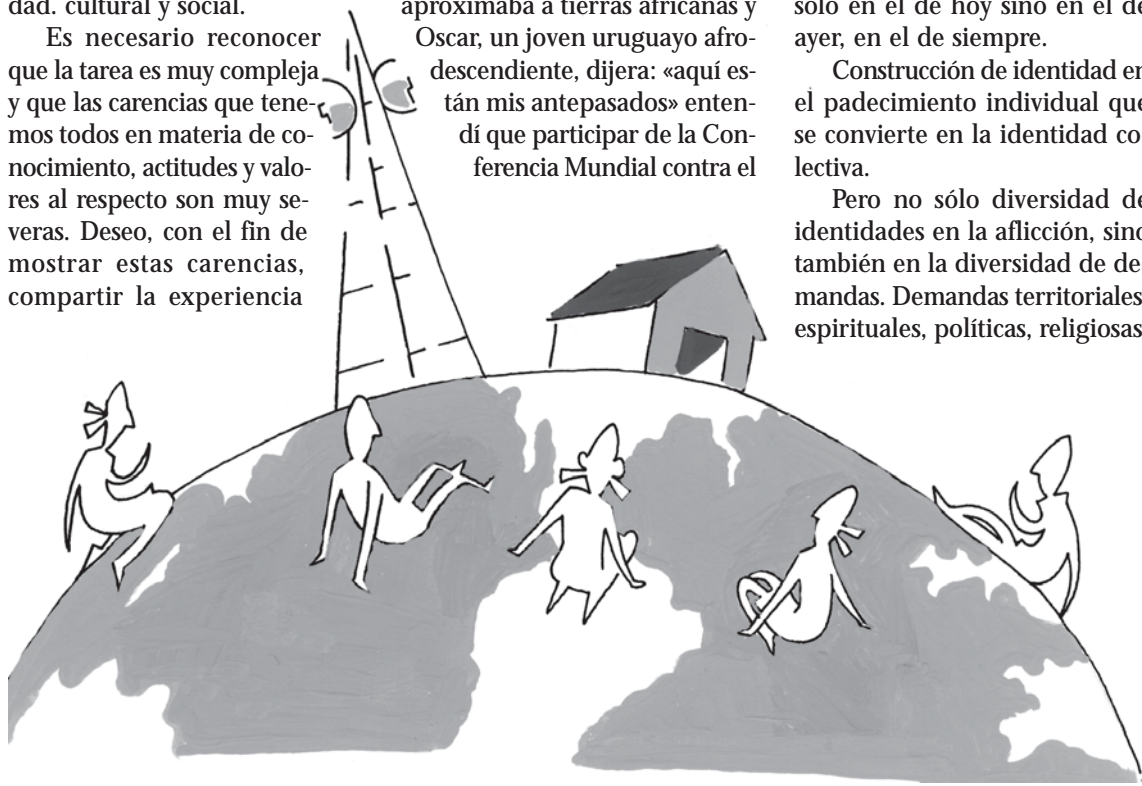
Racismo, la Xenofobia y Otras Formas de Discriminación sería una experiencia inédita. Intuí, sin embargo, que me introducía en un laberinto de muchos dilemas.

En efecto, ya desde el día de la inauguración del evento, cuando se convocaron cientos de ONG, asomó la diversidad en todos sus contornos: dolores y alegrías, miradas de pasado y de futuro, ofertas y demandas, historias de luchas infinitas, luchas sin treguas que conformaban identidades sufrientes pero también identidades demandantes.

Ahí, como un arco iris de una mañana de esperanzas, todos mostraban el regocijo de estar juntos, reunidos para dejar en evidencia las injusticias acumuladas, los deseos no satisfechos, las postergaciones reiteradas, las frustraciones acumuladas. Estaban congregados los oprimidos, los marginados, los postergados. Eran identidades en el dolor. No sólo en el de hoy sino en el de ayer, en el de siempre.

Construcción de identidad en el padecimiento individual que se convierte en la identidad colectiva.

Pero no sólo diversidad de identidades en la aflicción, sino también en la diversidad de demandas. Demandas territoriales, espirituales, políticas, religiosas,



sexuales, físicas, económicas, sociales, culturales.

Construcción de identidades en la conjunción de demandas individuales que se hacen colectivas.

Pero no sólo diversidad de identidades en el desconsuelo y en las peticiones sino que también en las formas de vestir, de lucir colores y figuras, en los olores y sabores en las miradas, en las sonrisas y en las risas. En los gestos, en las muecas y en las expresiones. En el lenguaje. La Torre de Babel en sus tan variados e inteligibles sonidos. Escuchar pero no entender. Entender pero no escuchar. Cada uno tratando de descifrar al otro.

Cierto, ahí en Durban estaba la diversidad en su expresión infinita. Los sudafricanos marcados todavía por el *apartheid*; los afrodescendientes pidiendo por el dolor de tantos años de esclavitud no cancelada; los indígenas en sus múltiples teñidas reconociéndose como pueblos en las injusticias de las Américas; los árabes en sus diversas expresiones pidiendo por el pueblo palestino; los judíos exigiendo la paz arrebatada; los gitanos tan exuberantes y tan golpeados; los inmigrantes, los desplazados, los homosexuales y lesbianas, las feministas, los discapacitados.

Habían más y más identidades. Algunas, desconocidas, inimaginables, extrañas para nosotros, pertenecientes a mundos y culturas tan distantes. Así por ejemplo, los Dalits de la India. Un millón y medio de personas que por haber nacido en la casta de los recogedores manuales de excrementos, están condenadas de por vida y generacionalmente a ser denigrados. Son los intocables. Identidades construidas en un sistema de castas hereditarias humillantes.



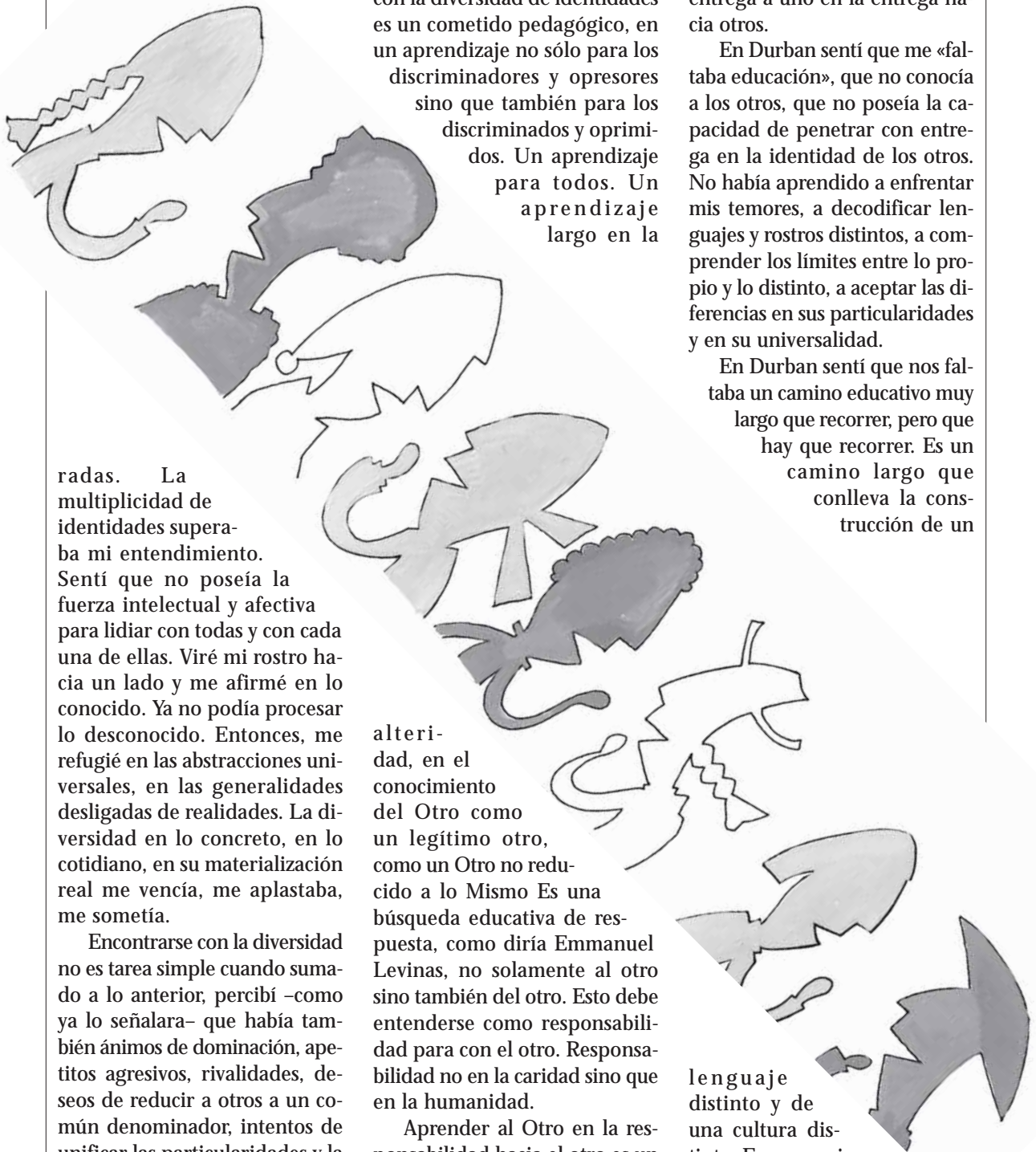
Cada identidad con su propia voz y con su propia historia. Pero también en la diversidad de voces surgían las divergencias y las tensiones.

Pensé, quizás ingenuamente, que los oprimidos limarían sus asperezas para presentarse –en un coro múltiple pero unido–hermanados en el sufrimiento de las historias de racismos, discriminaciones e intolerancias. Que dejarían de lado diferencias para sumarse al unísono concordante de sus sufrimientos.

Pero me encontré con un cuadro que mostraba, también, que las identidades oprimidas habían interiorizado con fuerza el lenguaje de los opresores, el lenguaje de la coerción, de la manipulación, de las amenazas, de las negociaciones, de las exclusiones. Algunas identidades, levantaron sus voces y emplearon lenguajes agresivos y discriminadores. Querían hacerse escuchar más que otros, opacando las voces más débiles y las identidades menos presentes

Encontrarse con la diversidad no es cosa fácil. Es un aprendizaje que no se logra con un encuentro.

En especial cuando hemos estado apegados a vivir en la homogeneidad, cuando no tenemos la suficiente flexibilidad y apertura para aceptar valores distintos, costumbres distintas, hábitos distintos, miradas distintas, tonalidades distintas. Sentí, en Durban que la diversidad me sobrepasaba, excedía mi capacidad de deconstruir los mensajes explícitos e implícitos de tantos sufrimientos y demandas, de tantas historias, de tantas postergaciones, de tantos símbolos, de tantos colores, olores y sabores, de tantas mi-



radas. La multiplicidad de identidades superaba mi entendimiento. Sentí que no poseía la fuerza intelectual y afectiva para lidiar con todas y con cada una de ellas. Viré mi rostro hacia un lado y me afirmé en lo conocido. Ya no podía procesar lo desconocido. Entonces, me refugié en las abstracciones universales, en las generalidades desligadas de realidades. La diversidad en lo concreto, en lo cotidiano, en su materialización real me vencía, me aplastaba, me sometía.

Encontrarse con la diversidad no es tarea simple cuando sumado a lo anterior, percibí –como ya lo señalara– que había también ánimos de dominación, apetitos agresivos, rivalidades, deseos de reducir a otros a un común denominador, intentos de unificar las particularidades y la multiplicidad de prácticas y de símbolos culturales. La diversidad se convertía, entonces, en exclusión y complejizaba mucho más mis posibilidades de lidiar con ella.

Entendí que el encuentro con la diversidad de identidades es un cometido pedagógico, en un aprendizaje no sólo para los discriminadores y opresores sino que también para los discriminados y oprimidos. Un aprendizaje para todos. Un aprendizaje largo en la

alteridad, en el conocimiento del Otro como un legítimo otro, como un Otro no reducido a lo Mismo. Es una búsqueda educativa de respuesta, como diría Emmanuel Levinas, no solamente al otro sino también del otro. Esto debe entenderse como responsabilidad para con el otro. Responsabilidad no en la caridad sino que en la humanidad.

Aprender al Otro en la responsabilidad hacia el otro es un cometido educativo. Un cometido de vida y de por vida. La educación por definición tiene como misión penetrar en la identidad propia desde la identidad de los otros; conocerse a sí mismo en

el conocimiento de los otros, de entrega a uno en la entrega hacia otros.

En Durban sentí que me «faltaba educación», que no conocía a los otros, que no poseía la capacidad de penetrar con entrega en la identidad de los otros. No había aprendido a enfrentar mis temores, a decodificar lenguajes y rostros distintos, a comprender los límites entre lo propio y lo distinto, a aceptar las diferencias en sus particularidades y en su universalidad.

En Durban sentí que nos faltaba un camino educativo muy largo que recorrer, pero que hay que recorrer. Es un camino largo que conlleva la construcción de un

lenguaje distinto y de una cultura distinta. Es un camino doloroso, pero que hay que emprender hoy después de Durban hacia el próximo Durban”.

Noviembre 2001.